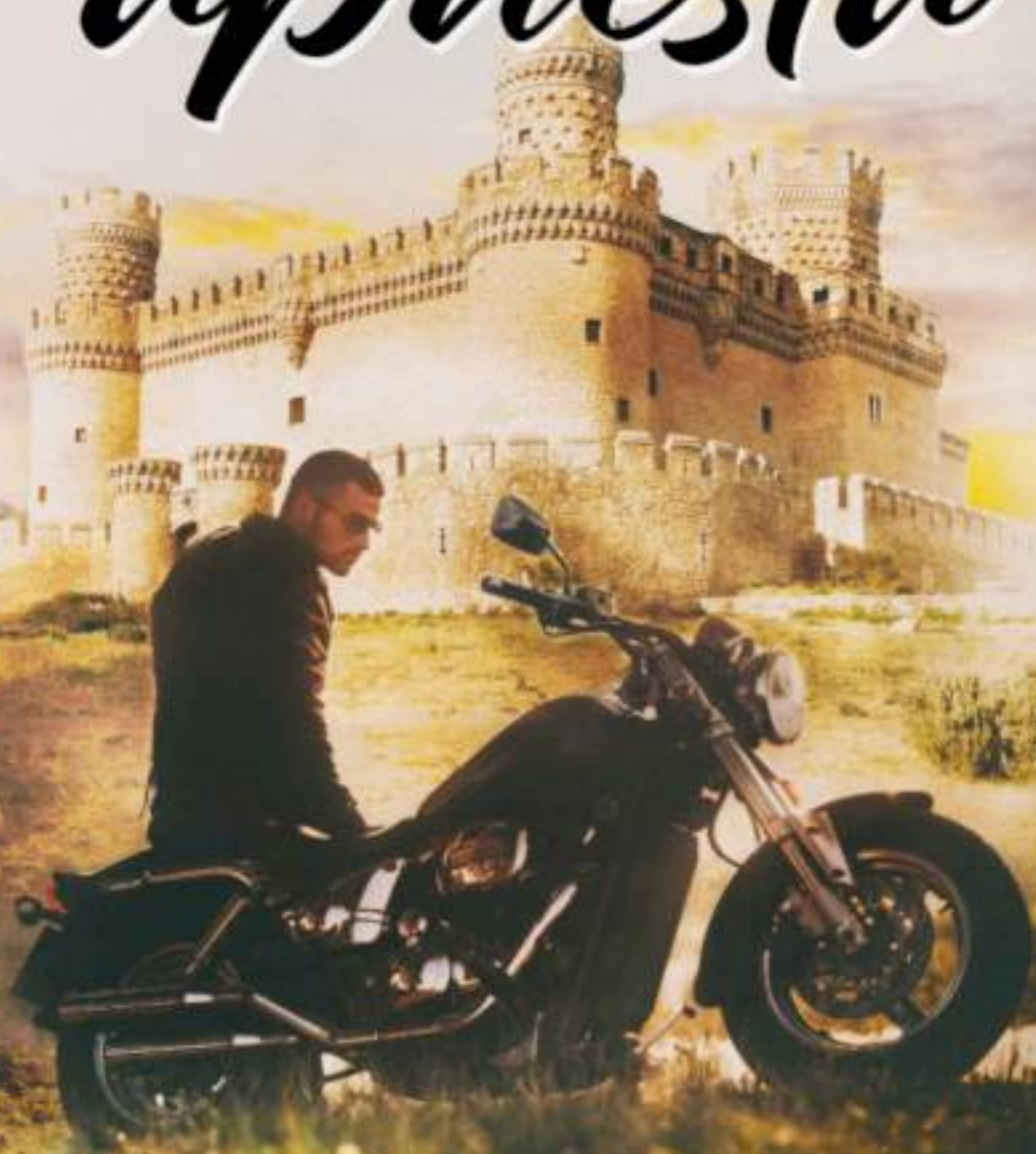


Sabina Rogado

La apuesta



La apuesta

Sabina Rogado

©Autora: Sabina Rogado

©Noviembre 2018

Email: sabinarogado@gmail.com

Diseño de portada: Alexia Jorques

La novela LA APUESTA es una historia inventada, cualquier parecido con los personajes, o con cualquier tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de la autora, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

*A mis queridos tíos Pedro y Nines, gracias por darme la oportunidad de
criarme
en un paraje único y especial... Sois muy importantes en mi vida ¡¡ya lo
sabéis!!
Os quiero.*

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPITULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

AGRADECIMIENTOS

¿Por dónde empezar? Pues bien, empezaré por los que seguís ahí apoyándome, cuidándome, leyéndome... Sigo soñando despierta y todo es gracias a vosotr@s. Cada vez que alguien me dice que por favor no pare de escribir pienso en lo afortunada que soy, porque realmente disfruto haciéndolo, saber además, que hay lector@s que disfrutan con mis escritos me parece simplemente ALUCINANTE, y nunca me cansaré de daros las gracias.

También quiero agradecer a Laura Duque Jaenes el apoyo constante que me da. Gracias por ayudarme a corregir LA APUESTA, para mí has sido todo un descubrimiento. Y como ya te he dicho en alguna ocasión TE QUIERO EN MI VIDA. Tú fuiste la que empezaste a hablarme de lectoras cero, una cosa llevó a la otra y te convertiste en una de ellas... y en algo más.

Y para terminar me gustaría hablaros de lo que siento con esta nueva publicación.

LA APUESTA es otra de las novelas guardadas en el cajón. La escribí en el año 2014 y por fin me he decidido a publicarla. Deciros que la considero mi niña bonita y es así por varias razones.

La primera de ellas porque es la que más he tardado en escribir hasta ahora, también la más larga. Estuve siete meses dedicada a ella en exclusivo y los recuerdos son increíbles. Disfrute tanto escribiéndola...

Además, aunque la historia es inventada, el pueblo y el chalet en el que se desarrolla, esta preciosa historia, existe. Allí pasé veranos enteros, y cada vez que tengo la oportunidad vuelvo (aunque sean pasados los años).

Y por último porque, al igual que con TE QUIERO EN MI VIDA, nació gracias a un sueño que tuve, inspirándome en él hasta lograr terminarla.

Bien, pues os deseo de todo corazón que os sumerjáis en esta apasionante historia y que os guste por lo menos un poquito. Si una vez leída queréis poneros en contacto conmigo vía Facebook, Messenger etc... estaré encantada de responderos.

¡¡¡Mil gracias por darle una oportunidad a lo que escribo con tanto amor!!!

CAPÍTULO 1

Como cada mañana Érika, después de ducharse, se envolvió en su albornoz. Después fue hasta la cocina minúscula, que contenía lo necesariamente indispensable, y pulsó el botón de la cafetera sin moverse del sitio. Unos minutos más tarde estaba sentada sobre el sillón del salón con las piernas estiradas sobre la mesa, y con una taza de café entre las manos. Disfrutando de una de las pocas rutinas que le gustaban, mientras cerraba los ojos y simplemente se dejaba llevar por su mente, hacia algún recuerdo agradable del pasado, tal y como el psicólogo le había aconsejado. Tratando de no olvidarse de la persona que una vez fue. Era de vital importancia para ella, y sobre todo para su maltrecho y herido corazón.

Volvió a la realidad en cuanto escuchó la cerradura al abrirse, y miró hacia la puerta para averiguar si sería su madre o su hermana.

La persona que entró a continuación tendría unos cincuenta años. Morena, ojos marrones, algo rellenita, y con multitud de arrugas por el rostro, evidenciaba lo mucho que había envejecido en tan poco tiempo a consecuencia de verse obligada a ver a su hija en aquel estado de completa derrota.

La mujer cerró la puerta a sus espaldas y la miró con una pena infinita, comprobando cómo su hija se limitaba a alzar la mirada y la saludaba con un amago de sonrisa. Todo lo que parecía ser capaz de hacer. Después se metió las llaves en el interior del bolso y avanzó hasta ella con una maravillosa sonrisa, aparentando que estaba bien.

—Hola cariño —le dijo dándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió sin ánimo.

—Me alegro porque he venido para decirte algo...

Antes de que pudiese continuar, siquiera, la joven muchacha la interrumpió con un:

—No.

—Pero...

—No me apetece —se limitó a decir al saber lo que vendría a continuación.

—Ni siquiera me has dejado terminar —protestó la madre con gesto contrariado y cansado.

—Lo siento mamá pero sea lo que sea no me apetece. Hoy no quiero salir.

Su madre la miró durante unos segundos, suspiró ruidosamente, y se dejó caer sobre el sillón con un gesto de derrota. Eso sí, si pensaba que no lo iba a seguir intentando, como hacía cada día, se equivocaba.

¡Vaya si lo hacía!

—¿Hoy no quieres salir? —Contraatacó Aine mirándola con determinación antes de continuar—: O mejor dicho, ¿te acuerdas de la última vez que lo hiciste esta semana?

Érika apartó la mirada hacia la ventana y se llevó la taza de café hasta la boca en un claro gesto de que no continuara. Mostrando lo poco que le interesaba ese tema en concreto.

Algo a lo que su madre no estaba dispuesta en absoluto.

—Cariño... —comenzó a decir de forma calmada, con una paciencia que se empezaba a agotar después de tantos meses sin que fuese capaz de reaccionar.

Pero la joven muchacha la volvió a interrumpir. Volvió la vista hacia su madre, y se limitó a decir mirándola con una mirada de advertencia para que no continuase:

—Mamá no insistas.

—¡Claro que lo haré! —exclamó de pronto debido a la impotencia. Perdiendo la paciencia por primera vez en todo aquel tiempo—. ¿Cómo crees que me voy a permitir no insistir cuando te veo cada día peor? Mira cariño, no debería decirte esto, pero creo que ya es suficiente. Has teni-

do tiempo de reflexionar en lo que pasó, y también has tenido tiempo de saber qué es lo que quieres hacer a partir de ahora. Y quiero que te quede claro que no voy a consentir que sigas desperdiciando tu juventud por un hecho que deberías haber superado. Lo pasado, pasado está. Se acabó. Ya no hay vuelta atrás.

Érika miró a su madre asombrada. No daba crédito a lo que estaba escuchando, y por primera vez se fijó en lo mucho que había envejecido. Percatándose de que los ojos se le humedecían. Dándose cuenta del flaco favor que les estaba haciendo por la absurda idea de querer encerrarse en su apartamento para siempre.

Pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

—No es tan fácil mamá.

—¿Y quién ha dicho que lo sería?

Se levantó del sillón y fue hasta la cocina para servirse un café. Seguidamente volvió sobre sus pasos y terminó sentada frente a su hija, mirándola con una calma que no sentía, lo dignamente que podía. Atreviéndose a ser clara por primera vez.

¡Ya era hora!

—Mira hija, debes saber que no puedes continuar así, o mejor dicho, no podemos continuar así...

—¿Qué tratas de decirme?

—¿Acaso te has parado a pensar, que en algún momento no podremos pagar el alquiler de este apartamento? Debes tomar una decisión cariño. Aunque sea difícil, pero no puedes seguir aquí.

Al verse acorralada dijo de forma precipitada:

—Me iré a vivir contigo.

Aine cerró los ojos preocupada.

—Estabas deseando independizarte, y ahora resulta que quieres volver a casa con el rabo entre las piernas por no ser capaz de afrontar de una vez tus problemas. ¡Vamos Érika! ¿A quién tratas de engañar? ¿Acaso ya no recuerdas la felicidad que te supuso poder vivir aquí sola? ¿Ya no te

acuerdas cuando me dijiste que te sentías orgullosa de ti misma por lograr tu sueño?

—Eso fue antes de...

—¡Calla! No vuelvas a lo sucedido aquel día. ¿Cuándo vas a pasar página? Olvídate de una vez. O inténtalo. Solamente te pido eso cariño.

Aine dejó la taza de café a medio beber sobre la mesa y cogió las manos de su hija entre las suyas. La mirada de auténtica súplica la hizo saber lo egoísta que en verdad había llegado a ser por no haber sido capaz de ponerse en el lugar de su familia. Comprendiendo, demasiado tarde, que por supuesto ellos también eran una parte afectada.

¡Quizás demasiado!

A medida que se daba cuenta de ello, el vacío que sentía alojado en su interior pareció agrandarse.

¿Cómo había sido tan necia como para no darse cuenta de lo mucho que estaban sufriendo por ella? Y reconoció que había resultado demasiado fácil dejarse envolver por aquellos brazos, que la habían permitido enclaustrarse bajo el techo de su casa, pensando que aquello sería algo temporal. Limitándose a pensar únicamente en ella para olvidarse de las personas más importantes de su vida.

¡Su madre y sus hermanos!

Pero ahora, la cuestión más difícil, sería la de querer afrontar la situación. Una situación que pasaba simplemente por empezar de nuevo a salir a la calle y buscar un trabajo. Porque lo que estaba claro es que su madre tenía razón en cuanto a lo mucho que le había costado realizar el sueño de independizarse. Preguntándose:

"¿Acaso voy a consentir que desbarate todos mis planes?"

Seguramente sería lo que él hubiese querido y por ello, al pensarlo, fue verdaderamente consciente de que precisamente por eso debería empezar a levantarse y volver a vivir.

¿Cómo había sido posible que no se hubiese dado cuenta antes? ¿Tan ciega había estado? Comprendiendo que no estaba dispuesta, bajo ningún concepto, a permitir que pudiese llegar a pensar que se había salido con la suya.

Las lágrimas amargas que corrían entonces, por la cara de su madre, fueron las consecuentes de que por primera vez, en aquel tiempo, sintiese las fuerzas irrefutables de querer salir de la situación en la que se encontraba. ¿Qué más daba que no fuese fácil? Se lo debía a ella misma, y lo más importante, se lo debía a ellos.

—No llores mamá.

—Siento haberme derrumbado delante de ti hija... —susurraba sorbiéndose la nariz avergonzada— pero es que esta situación nos está desbordando y te juro que ya no sabemos qué hacer para hacerte entrar en razón.

—Estoy siendo una egoísta, ¿verdad?

Ambas se miraron con los ojos anegados en lágrimas.

—Por supuesto que no cariño —susurró a la vez que acariciaba su cara con una ternura infinita—, lo que has sido es muy valiente, pero todo tiene su punto y final y esto ya no tiene sentido.

—Creo que tienes razón mamá.

—Claro que la tengo —aseguró. Y sin apartar los ojos de los de ella dijo con verdadero odio—: No permitas que ese cabrón te arruine la vida hija. Olvídate de aquel día, levántate, y vuelve a caminar. Todos estaremos aquí para ayudarte cariño.

—Lo sé mamá.

Ambas se fundieron en un largo abrazo, entre sollozos entrecortados, solo que esta vez eran sollozos esperanzadores.

Algo que parecía improbable cuando, apenas una hora antes, había llegado con la idea de que todo seguiría igual.

CAPÍTULO 2

—¿Cómo quieres hacerlo?

Érika miró a su hermana, envuelta en un estado de nerviosismo absoluto, a medida que se centraba en permanecer tranquila. El caos se estaba apoderando de su cuerpo y de repente le costaba respirar. ¡Incluso se le pasó la idea de que no lograría salir a la calle sola!

Alana miró a la madre a su vez, con gesto compungido, antes de volver la atención hacia su hermana. Observando, claramente, el trance por el que estaba pasando en esos duros momentos.

—Puedes hacerlo hermanita —le decía aproximándose hasta ella para envolverla en un abrazo protector— tranquila. Estamos aquí, ¿vale?

—Vale —logró susurrar con la voz emocionada, haciendo acopio de valor para no echarse simplemente a llorar. Algo que sería tan sumamente fácil...

Alana se apartó en ese preciso instante para que no resultase más difícil de lo que ya lo estaba siendo, y dio un paso hacia atrás.

La madre de ambas en cambio se limitó a permanecer quieta, en mitad del salón, mirando a sus hijas a través de unos ojos húmedos con el corazón en la mano. Esperaba el posible desenlace, y aunque el optimismo brillaba por su ausencia, se aferraba a la esperanzadora idea de que fuese posible de una vez por todas. Su cara era el reflejo del alma y Érika se dio cuenta. Encontrando las suficientes fuerzas para saber que debía hacerlo ¡ya! las consecuencias, después, las valoraría cuando se quedara sola.

Antes de hablar expulsó el aire de los pulmones en un deseo de seguir controlando la difícil situación, y no al revés, como había sido hasta ahora. Cerró los ojos y al cabo de unos segundos los volvió a abrir diciendo:

—Esperar aquí unos minutos hasta que yo baje, después hacerlo vosotras por si os necesito, pero a menos que no lo pida, no os acerquéis a mí ¿vale?

Las dos mujeres asintieron con la cabeza.

—Bueno pues... ¡allá voy!

Fue hasta uno de los cajones de la cocina y de su interior sacó el monedero. A continuación cogió unas monedas y lo volvió a dejar en su sitio bajo la atenta mirada de su madre y de su hermana que, sin casi darse cuenta, habían avanzado la una hacia la otra para terminar cogidas de la mano.

—No debe de ser tan difícil salir a comprar el periódico un domingo por la mañana, ¿no? —dijo con una mueca al no lograr sonreír, aunque era lo que habría querido.

Sin más, dispuesta a no prolongar aquella pesadilla en la que estaba envuelta, desvió la mirada hacia la puerta de la calle y comenzó a dar pasos hacia ella de forma lenta e insegura pero... siendo capaz de hacerlo. Dándose cuenta de que estaba sudando.

Un instante después, las dos mujeres que se habían quedado en el interior de aquel apartamento, profirieron un grito eufórico al escuchar la puerta cerrarse.

¡Acababa de dar el primer paso! Ahora tendrían que esperar a ver el resultado.

Érika apoyó el peso del cuerpo sobre la puerta, nada más salir, y comenzó a sentir unos escalofríos terroríficos. Viéndose en la obligación de agarrarse al marco para no caer debido a los temblores alojados sobre las piernas.

Abrió los ojos lentamente y comenzó a sentir las lágrimas corriendo sobre sus mejillas. La sensación de ahogo la empezaba a dejar en un estado de auténtica indefensión a pesar de que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para respirar con normalidad. Algo imposible debido al nerviosismo y a la ansiedad que no la dejaban pensar. Blo-